

LA

# QUINTA RUEDA

Revista cultural  
octubre 1972. E° 15.—

(Encargo aéreo: \$ 1)



**concurso quimantú: el cuento premiado**

**ESCRIBEN NERUDA  
JORGE DIAZ  
MANUEL ROJAS**

**¿dónde está la política cultural?**

**DORFMAN, RAUL RUIZ,  
SKARMETA**



# ¿QUE CANTAR?

Antonio Skarmeta

Entendemos por canción chilena actual, dejando de lado las entradas de seso y los caldos de cabeza, simplemente lo que se toca y se compone con un interés mayor que colmar las faltriqueras de comerciantes, sacudir nalgas lolosas o estrujar los corazones de irredentos que echan lagrimones cuando ella se va dejándolo solito y solo.

El mundo de la canción chilena actual es un hervidero. Basta acudir a casas de discos, sellos grabadores, peñas, recitales, sumar y restar, y hasta el más pintado escéptico quedará convencido. Difícilmente, sin embargo, se convencerá quien tenga contacto con la canción a través de la radio y la TV. Editores, compositores y cantantes coinciden en que los medios de comunicación de masas son impermeables a la canción chilena en porcentaje abrumador. Salvo esporádicos minutos dedicados a algún tema reciente, los discjockeys, alegando que ellos se deben a un público, promueven y cultivan todo un tipo de canciones en español que son bobas en su estructura musical y moronas en su contenido.

Señalan los afectados que este fenómeno se da aun en quienes trabajan en medios de difusión de izquierda, que aparatosamente se declaran partidarios de la búsqueda de valores nacionales en música y textos. Patentemente, el modo mercantilista de operar en el mundo del disco orientado al consumo se dio el mes pasado en el modo abominable y reiterativo con que un sello, intérpretes y discjockeys impusieron los bodrios de un mentado "Festival de la Nieve" que exhibió canciones de lacrimógenaseudoprotesta, como "En la casa de José el carpintero" o "Mira, mira, mira", una curallería de Zabaleta, el mismo que poco antes había impuesto otras joyas de su lira como "que daría yo por tener el alma de un poeta para escribirte lindos versos con lindas flores de la floresta".

Aquel Festival otorgó un segundo premio a Luis Advis, autor de la Cantata Santa María, tema musicalmente superior, pero cuya letra amodorrada está lejos de su calidad habitual.

Lo del frígido Festival de la Nieve sólo es un ejemplo mientras aún perduran los estragos que significó la incorporación persistente, planeada y glorificada de la canción argentina pueril y felizcota. En este caso ya no sólo se trata de lo rentable para sellos y promotores de la siembra alienante, sino que además infantilizaron, formalizaron, inhibieron, el vigor compulsivo del beat norteamericano. Desde el punto de vista del baile, la patente de pasitos de colegio de monjas via Música Libre cortó una línea considerable de la libre expresión beat.

Mientras tanto, notables discos de intérpretes nacionales que son seguidos con fervor en recitales, peñas, que ganan festivales internacionales, que recorren Europa, que hacen temporadas en Buenos Aires, son desdeñosamente tolerados como por caridad en los medios de comunicación de masas.

Bajo la nieve y las langostas, aún están prácticamente inéditos los últimos long plays de Víctor Jara, de Isabel Parra, de Payo Grondona, de Inti-Ilimani. Inexcusable el supuesto argumento de que éstos no tienen entrada popular. Piénsese en lo que significó para el conocimiento y disfrute de Inti-Ilimani el hecho de que un tema de ellos fuera la característica de Canal 7 de TV.

En éste como en otros puntos relacionados con la canción chilena es donde organismos que apliquen una política cultural tienen que echar mano. Si pasamos del desconocimiento casi completo de la canción chilena actual a conocerla en todas sus manifestaciones, a dia-



Payo Grondona: sin falsas poetilaciones.



Quilapayún: adhesión popular.

logar con compositores y cantantes, el panorama es de vital, de animosa discusión interna, hasta ahora sin órganos que la expresen.

Tratar de encontrar una línea en lo que están haciendo conjuntos, solistas y compositores es tarea larga y de partida inútil. Una simple y olvidadiza enumeración hace imposible una cifra común: Quilapayún, Inti, Jara, los Parra, el Payo, Gitano Rodríguez, Curacas, Amerindios, Charo Cofré, Jaivas, Blops, Tiempo Nuevo, Pato Manns, Tito Fernández y una serie de conjuntos que no tienen nombre, donde gente de distintos grupos se unen y experimentan; vasos comunicantes sin rivalidades pero con firmes posiciones. Con todo, alguna generalidad se podría anunciar.

Hay hitos en la nueva canción de donde viene su riqueza y también su posible futura limitación. Los últimos años vieron el final de la hegemonía del boato "folklórico",

donde muchos conjuntos intentaban simular lo autóctono con variada fortuna. Por largos periodos, en pro de un falso purismo, se llegó a extremos de estiliquez rítmica, textual e instrumental. Sugerencias electrónicas o de alguna percusión centroamericana, algunos folkloristas lo tomaban como sacada de madre. Un poco por la necesidad y otro poquito por descubrir en la política que Chile después de todo estaba en América y en el mundo, se abrieron las compuertas. Ciertos conjuntos quedaron a cargo de la valiosa tarea de sostener el purismo y otros partieron en la explotación de terrenos inéditos.

Gracias a esta movida la canción chilena logró vehículos naturales para propósitos críticos, alegóricos o humorísticos. Piénsese en las canciones funcionales de Angel, o en "La compañera rescatable" de Isabel. Cantantes que habían nacido en el folklore se contaminaron con

## cine: la era de los próceres

Hans Ehrmann

Puede parecer cosa de locos. Hollywood deja de lado las películas multimillonarias que tuvieron al borde de la quiebra a varias de sus compañías y Chile, país de industria cinematográfica incipiente, se lanza por la senda de las superproducciones.

¿Tenemos un mercado para recuperar los costos? ¿Corresponde a este momento hacer películas como Balmaceda y Manuel Rodríguez? Son dos de las interrogantes que

conducen a serias dudas, pero de partida hay que reconocer un hecho importante; Chile Films dejó de ser una simple prestadora de servicios, para asumir el papel de productora que le corresponde. Bien o mal, está elaborando un noticiario y una serie de documentales, y ahora entra al terreno del largometraje. Se trabaja y el mastodonte blanco de la avenida Colón al fin menea la trompa. Queda por verse

Patricio Guzmán: paso a paso.







Luis Advis:  
chilenidad dúctil.



Isabel Parra:  
nacida  
en el folklore.

la realidad cosmopolita y atrajeron a la canción chilena personajes, situaciones y audidores hasta entonces invislumbrables. Ahí está Payo Grondona.

A partir de este dato, en muchos existe la preocupación de hasta donde se puede jugar al toma y saca sin vulnerar los valores nacionales esenciales, la "chilenidad". Algunos criticarán al Payo Grondona un divorcio entre texto y música, otros dirán que Los Jaivas son el último grito de la alienación. Defensores de Grondona afirmarán que pocas veces la belleza en la canción se había logrado sin falsas poetizaciones, con meras descripciones, un poco herederas de la antipoesía. Partidarios de la línea de Los Jaivas, a su vez, encuentran que en el proceso de transculturación que significa mezclar influencias del rock progresivo con la riqueza musical folklórica nuestra, sus ritmos tradicionales, sus instru-

mentos, está la más rica posibilidad de la canción chilena.

Una de las líneas de IRT, con su serie "Machitún", es explorar esa posibilidad, jugar conjuntos beat desorientados que llegan a los estudios cantando óperas rock en inglés y oliendo a San Felipe. Luego es indiscutible la influencia de los compositores cultos en la canción chilena. Advis, con "Santa María", hizo estallar las posibilidades de poner en un contexto estético distinto la canción chilena. Compositor rico en flexiones, matices y dramatismo, aparte de notable letrista, su influencia se ve venir avasalladora. En este sentido, también los creadores de la canción están alertas. Hay respeto, pero no unanimidad en la valoración de la línea Advis. Temen que la sofisticación de esta música inhiba gémenes más primitivos y puros de expresión musical.

**P**or otra parte el proceso chileno ha nutrido de temas contingentes a solistas y conjuntos, favoreciendo el auge de la canción crónica, la celebratoria, la propagandística. Entre éstos, los versátiles Quillapayún son también observados por los creadores de la nueva canción. Temen que el populismo implícito en "La merluza", "Las dos oñitas", junto con toda la eubanofilia les resulte perjudicial para el desarrollo en profundidad del conjunto. Aparte de que ésta es sólo una fase en el desarrollo de Quillapayún, había que advertir un hecho de no poca monta. Canciones de ellos han llegado a un nivel de popularidad inaudito. Durante meses "La batea" se ha venido cantando en reuniones políticas por coros de miles de voces. Esta sola adhesión popular coloca a Quillapayún en posición envidiable. Para los exigentes, ahí está "La fragua", lenta, pero contundente. Comienza a gestarse también a través de Isabel Parra y Pato Castillo el repertorio de la nueva canción cubana. La visita durante el mes pasado de Pablo Milanés, Noel Nicola y Silvio Rodríguez puede que haya servido para afirmar la tendencia. Desde este lado cabe esperar una canción desatada líricamente, a menudo con ribetes impenetrables, compulsiva, parabólica, con un tipo de fraseo e imaginaria musical enemiga de esquemas y pases versallescos al auditor.

Por cierto que esta línea también tiene sus aguafiestas: admirando a los eubanos los consideran muy intelectualizados, minoritarios. Hablando sin rodeos, parece ser que en la canción popular hay que encontrar un hueco para la manifestación personal del creador, su cuota de vanguardia en la música, y un espacio para ese pueblo que no quiere ser sólo adulado por sus cantantes, sino también ser llevado en esa experiencia que el Gitano Rodríguez llama la "calidad misteriosa de poesía: la necesidad que tiene la gente que le digan las cosas cotidianas de otra manera". Demasiado disparados o muy quedados en las huérfanas, son dos tipos de creadores que no cumplen con el

pueblo que los nutre. Los primeros porque se aíslan, los segundos porque ruman frases hechas que, referidas al pueblo, suelen sonar como chochera paternalista.

No parece haber desacuerdo en cuanto a la inclusión de lo extranjero en la canción. Advis, en sucesivos artículos en *El Siglo*, representa el criterio que se presente mayoritario: "Al componer debemos hacerlo sin prejuicios obstructivos, con mayor libertad y espontaneidad, con la convicción de que el concepto de chileneidad debe ir de la mano con el sentido de lo dúctil". En buenas cuentas, aboga porque el compositor se sitúe naturalmente en las influencias del medio, pero que "elijer ponderadamente del conjunto que se posee o entre las potencialidades que pueden desarrollarse".

A dos años de Gobierno Popular, no hay una política hacia estos luchadores sociales que han sido los cantantes. Gente que con la mayor ductilidad y entrega se ha puesto en las campañas previas y de múltiples maneras durante todo el proceso. Aquí no se trata de recomendar, sino de organizar su actividad en los medios de comunicación de masas, en talleres donde se ventilen las posibilidades que se han enumerado, y concretamente en posibilidades de trabajo que los saque de la rutina de la peña y el recital.

Algo de esto se hizo en Cuba, y los nuevos cantantes trabajando en los noticieros del ICAIC dieron un apoyo musical dramático a esas imágenes.

Aquí, en medio de una situación política bullente, al asunto cultural le han echado su buena mano de burocracia. En el cine, hasta ver los noticieros y las engoladas tonaditas de fondo, meta violines mi alma. Ordenar, coordinar, incentivar, sugerir trabajos conjuntos en el campo cultural puede ser una significativa manera de que Chile gane la batalla contra el imperialismo y sus aliados antipatriotas dentro de casa, al acercar más a los chilenos a su propia rostro, a la expresión de lo que verdaderamente somos.

si a pesar de sectarismos y burocracia, también rugen.

Manuel Rodríguez se justifica a través de la importancia en sí y el arraigo popular de un personaje que, a través de *El Húsar de la Muerte*, de Pedro Sienna, incluso tiene una tradición dentro del propio cine chileno. En cuanto a Balmaceda, su relevancia es indiscutible, y el dar a conocer el papel histórico del estadista es una necesidad. Podría entonces justifi-

carse la producción de estas dos películas en virtud de un proceso de recuperación y reinterpretación de nuestra historia al que no puede ser ajeno el cine.

Pero lo anterior también tiene su contrapartida. En el terreno económico: tenemos un mercado muy pequeño, cuyas recaudaciones implican trabajar con costos reducidos o correr el riesgo consciente de una considerable pérdida. Y ésta —a menos que se logre considerable calidad y/o repercusión de público— podría inducir a la Corporación de Fomento a limitar sus inversiones cinematográficas tal como sucediera en el pasado.

Existiría la posibilidad de suplir el déficit con la exportación de los films. El mercado socialista permitiría (si todo va bien) recuperar las divisas invertidas, pero —en líneas generales— lo que interesa en el extranjero son los films que reflejan nuestra problemática actual. La historia latinoamericana, fuera de viciosa enfermiza, ha tenido ya varios accidentes de tránsito en el cine: *El Santo de la Espada* (argentina, de Torre Nilsson, acartada y horrible), que batió records de taquilla en su país, pero fue un

fracaso internacional; o Simón Bolívar (italo-hispano-venezolana de Alessandro Blasetti), que fue un fracaso a secas.

En otro terreno práctico hay en nuestro medio una falta de productores (o jefes de producción) experimentados, o sea, de quienes organizan y racionalizan los recursos y necesidades concretas de un film. En el campo de la "superproducción" existe en sí el constante peligro de que los presupuestos iniciales se rebasen a medida que se avance en el rodaje. El peligro es obvio, pero en parte por lo menos puede evitarse si una película precede a la otra, lo que permitiría capitalizar la experiencia lograda en la primera. Un trabajo paralelo en ambos films elimina esa posibilidad.

En principio, promete más Manuel Rodríguez por la trayectoria de su director, Patricio Guzmán: fuera de sus estudios en España, avanzó paso a paso con cine publicitario, cortos y luego un documental hecho y derecho (*El primer año*). Su Manuel Rodríguez además promete una vitalidad y un estilo contemporáneos. A lo mejor también es el caso de Balmaceda, pero

la bitácora de su realizador, Fernando Balmaceda, sólo arroja documentales publicitarios y —a menos que se invoque algún culto chino a los antepasados— tiene algo de azaroso encomendarle la responsabilidad de un film de esta envergadura. Desgraciadamente da mala espina que, aun antes de comenzar a filmar, se haya iniciado una campaña publicitaria bastante intensa. (¿Recuerdan cuando Hollywood operaba en esta forma?)

Con Chile Films a veces resulta difícil saber si lo que se hace es resultado de una planificación o del arbitrio del divino forunculo. En todo caso, la realización casi simultánea de dos películas de esta envergadura plantea una situación al menos discutible.

Más importante que dos películas históricas sería una insistencia paralela en films de menor costo que capten y reflejen la vida chilena de estos momentos, con todas sus esperanzas y contradicciones. Sería una forma de evitar que —como ha sucedido en estos dos años— lo más importante del cine chileno se haga al margen de Chile Films.

Manuel Rodríguez y Balmaceda:  
reinterpretación histórica

